

## *CINE, FICCIÓN Y EDUCACIÓN*

Esther Gispert Pellicer

Laertes. 2009. Barcelona.

Eugenia Paredes Fernández

Universidad de Sevilla

En un mundo eminentemente audiovisual donde los medios de comunicación suponen un instrumento más de socialización infantil y juvenil, encontrar obras que aborden el tema de la alfabetización mediática desde una postura pedagógica y didáctica demuestra que, de manera paulatina, el mundo escolar está aceptando la inclusión de los medios de comunicación e información como elementos facilitadores en las tareas de enseñanza y aprendizaje. Y ya no sólo como contenidos transversales del proyecto educativo de cada centro, sino como materia específica y asignatura propia dentro del currículo de la etapa educativa.

La obra, compuesta por siete capítulos, propone fórmulas para introducir el cine en el aula desde múltiples facetas, algunas de ellas ciertamente novedosas como la de analizar las diferencias formales entre la ficción y el documental, y establecer la forma de utilizar ambos géneros en la formación del alumno. Desmitifica así la “imagen idílica” del documental como transmisor de conocimientos científicos en contraposición a la del cine de ficción como transmisor de irrealidad y fantasía ya que como afirma la autora el cine es arte por sí mismo. “El cine puede llegar a ser arte debido a su capacidad para vislumbrar la belleza escondida de las cosas-la fotogenia del mundo- y por la fuerza que posee el montaje, como ensamblaje de imágenes, como collage capaz de crear un auténtico discurso” (p.36).

En el primer capítulo, Gispert va desgranando de forma pormenorizada y metódica el cine desde su nacimiento a finales del siglo XIX hasta la época actual, y lo hace enfrentando los conceptos de espectáculo y artístico. Ambos términos estarán muy presentes a lo largo de la obra ya que el propósito de la autora es, a través de distintas teorías, convencer de la existencia de “arte” en la cinematografía. Así, pone en entredicho y hace reflexionar al lector sobre la posición de aquellos investigadores y docentes que veneran y dan culto al documental y al cine de autor, considerándolos los únicos con valor cultural y con categoría suficientes para entrar en la escuela.

Para mantener esta postura, explica que “el cine ha pasado a ocupar un lugar en la vida doméstica, sin depender del horario de emisión de las cadenas. A pesar de ello, el público continúa consumiendo ficciones cinematográficas y convirtiéndolas en una de las formas claves de su conocimiento del mundo” (p.38). Alaba así la democratización de este modelo de representación y lo hace ejemplificando a través de obras cinematográficas muy conocidas las teorías filosóficas de autores como Platón, Humberto Eco, Aristóteles Freud, Nietzsche, Schopenhauer,...

En el segundo capítulo expone que estudiar cada obra “como una unidad discursiva dotada de significación, tiene como objetivo fundamental conocer el papel que juegan las imágenes y los sonidos en los procesos de construcción del significado del filme” (p.51). Por ello, propone dar a conocer en la escuela los códigos que dan significado al discurso fílmico porque sólo así se comprenderán los elementos que coexisten en la

obra. Asimismo considera que “el filme no se puede considerar un universo cerrado, es una estructura dinámica, que propicia un diálogo entre el texto y el destinatario” (p.74). Algo muy parecido a lo propuesto por Bordwell en su obra *La narración en el cine de ficción* (1985) sobre la actividad del receptor activo cuando afirma que una película da pie al espectador para ejecutar una variedad definida de operaciones mentales que le ayudan a construir una historia a partir de la representación del film. El receptor, por tanto, piensa y se enfrenta a la película preparado para realizar un trabajo que consiste en dotar de significado a una historia aplicando conocimientos y experiencias previas que le den cierta coherencia. En el transcurso de la construcción de la historia el espectador utiliza una serie de esquemas y claves que le son dados en la obra, y estructura y ensaya hipótesis de los acontecimientos que se le narran. De entre estas hipótesis unas se van confirmando y otras van cambiando continuamente hasta el final de la proyección. Comprender un film narrativo se convierte así en entender qué sucede y dónde, cuándo y por qué sucede.

Es en el tercer capítulo donde, tras las explicaciones y los análisis previos, entra de lleno en la parte más novedosa de la obra y la que le da título, el cine como objeto de estudio y recurso didáctico. Propone, a la hora de introducir la enseñanza del cine en las escuelas, promover siempre un cierto equilibrio entre la emoción que produce la obra y la racionalidad con la que el alumno debe enfrentarse a ella, de esta forma se destierra “la creencia de que el estudio profundo y reflexivo del filme representa una seria amenaza al placer que normalmente experimentamos como espectadores” (p.84). Consistiría en entender que el placer que nos hace sentir un filme depende mucho de nuestro “saber”, de los conocimientos que tenemos de él. Integrar el cine como objeto de estudio es entender que los procedimientos audiovisuales que dan sentido a la obra influyen en su sentido, “para comprender una película es preciso conocer sus procesos expresivos, ver de qué forma crea un discurso pero también preguntarse cómo esta película crea emoción y genera unas formas artísticas” (p.77).

El capítulo finaliza proponiendo una fórmula para estudiar el cine en las aulas. Consistiría primero en revisar el filme prestando especial atención a las imágenes, los sonidos, encuadres, movimientos de cámaras, elementos narrativos,... A esto le seguiría la descomposición de la obra con el fin de entenderla y por último volverla a recomponer dotándola de significado.

Los últimos cuatro capítulos están dedicados a relacionar el cine con otras disciplinas académicas como son la literatura, la historia, el arte y por último la filosofía. “Si aceptamos que el cine, al igual que la literatura, es un medio de expresión narrativo que tiene la voluntad de contar historias, deberemos interesarnos por conocer los principales componentes del relato cinematográfico” (p.95). En el caso de las adaptaciones cinematográficas, el análisis comparativo entre una novela y una película, ofrece posibilidades al educador de utilizar el cine como medio instructor en materia literaria. Sobre las relaciones con la historia, la autora defiende que el cine histórico permite al alumno estudiar la época representada y compararla con el presente.

En las relaciones del cine con el arte, Gispert considera que todo cine puede tener una dimensión artística y para afianzar su teoría compara el encuadre cinematográfico con un cuadro pictórico, la luz de una película con la luz pictórica y la profundidad de campo en el cine con la perspectiva pictórica. Finalmente, en el terreno de las relaciones con la filosofía, es necesario reconocer que el cine “es un instrumento útil para estudiar la ideología y descubrir determinadas formas de pensamiento histórico” (p.179). Por ello es conveniente servirnos de él como una forma de pensamiento que nos permita comprender mejor la lógica cultural de la sociedad actual.

Gispert en *Cine, ficción y educación* desarrolla con acierto y seriedad las posibilidades que pueden surgir a partir de la inclusión en los colegios de materias que fomenten la alfabetización mediática entre los alumnos. Entiende que educación y comunicación van de la mano ya que toda educación es un proceso comunicativo y los medios de comunicación participan también en ella. El momento actual que viven los medios de comunicación (en constante cambio) ha recolocado al cine en un lugar prioritario considerándolo un elemento de consumo cotidiano y necesario, se ha creado así una verdadera cultura cinematográfica muy cercana al individuo y que va más allá del puro entretenimiento.

El libro puede ser utilizado como un complemento perfecto para padres, educadores, estudiantes universitarios y aficionados en general, interesados en incluir el cine en la vida de los menores como medio para avivar su imaginación, provocar la reflexión y formarlos con el fin de que puedan elaborar juicios críticos y mantener sus propias opiniones sobre los contenidos persuasivos que transmiten los medios de comunicación, en este caso el cine. Los niños y jóvenes dedican más tiempo a lo largo del día a consumir estos productos audiovisuales que a cualquier otra actividad, incluido ir a clase o dormir, de ahí la importancia y actualidad que adquieren estudios serios y rigurosos como el que nos propone la profesora Gispert.